

# PENSAR A JOSE MARTI\*

ENRICO MARIO SANTÍ  
UNIVERSIDAD DE GEORGETOWN

*Pues pensar, ¿qué es sino es fundar? Pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña de los corazones.*

**José Martí**

*Tenemos que aprender a ser aire: sueño en libertad.*

**Octavio Paz, Posdata**

**P**ensar a Martí fue siempre el gran reto, el gran obstáculo. Muerto en batalla a la edad de cuarenta y dos años, su destino fue el del héroe y del mártir, y así su legado terminó transformándolo en algo muy distinto a lo que había hecho durante la mayor parte de su obra: la obra de un escritor y un pensador. En la gran tarea de construcción de la nación cubana, para no hablar de lo que él mismo llamó la "Madre América", que la incluye, esa obra fue reclutada por sucesivas generaciones políticas que ciertamente difundieron su fervor patriótico pero no así su crítica al patriotismo hueco, o su vasta obra literaria. Si resultó fácil reclutar ciertos aspectos propagandísticos y sentimentales de su vida y obra, en cambio otros aspectos, como su crítica al militarismo, se reprimieron en aras de un futuro nacional o continental que no llega. Lo que sí ha llegado es la hora de pensar a José Martí, de diseccionar su polifacética obra y personalidad, de indudables alcances pero también de inevitables límites, y de empezar a liberarnos de un culto que no sólo no piensa a Martí sino que lo desfigura.

Pensar a Martí supone, por tanto, lo que dice el verbo: pensar es *pesar*, determinar su peso o cuantía. Y para ello es indispensable ver a Martí y a su obra en relación ó diálogo con otras figuras y eventos contemporáneos suyos -en Cuba, en España, en Estados Unidos, en América Latina y Europa. Es cierto que conocemos mucho acerca de José Martí- las biografías que se le han dedicado constituyen un género en sí mismas-, pero lo que sabemos es en verdad bien poco a causa del pernicioso enfoque sobre lo que él hizo o dijo en vez de a lo que reaccionaba o con lo que discutía. Para dar un sólo ejemplo en lo que sería una larga retahíla de quejas: cuando se lee el enorme epistolario

de Martí, disponemos únicamente de sus propias cartas y casi nunca las de sus corresponsales, creando así la insólita impresión de un monólogo en la vida de un hombre que en vida se dedicó a conversar con sus semejantes. Pensar a Martí significa *medirlo*, y por tanto, *meditarlo* en sus varios contextos, y no sencillamente, como ha querido el culto, sentirlo, elogiarlo u homenajearlo. Todo lo cual supone que pensar a Martí es, ni más ni menos, comprenderlo críticamente como personalidad viva en vez de la momia que la retórica del homenaje se ha dedicado, durante el siglo tras su muerte, a tratar de embalsamar.

Dada la manera en que, durante ese mismo siglo, lo que he llamado la momificación de Martí se ha imbricado con la retórica política del Latinoamericanismo, pensar a Martí significa, en consecuencia, contribuir al saneamiento de la moral política latinoamericana. Comprobaremos entonces que conceptos tan manidos, por no decir manoseados, como el suyo de "Nuestra América", no se entiende sino como una crítica feroz a nuestro proverbial oportunismo político, tan dado a echarle la culpa de nuestras desgracias a los poderosos vecinos en vez de asumir la responsabilidad por nuestros propios defectos, que él consideraba tanto adquiridos como superables. Pensar a Martí requiere, de esta manera, restituir el rostro perdido, o al menos borroso, de una época que aún vaga en las brumas de un nacionalismo continental, que si bien hoy nos resulta trasnochado sigue siendo rentable para algunos y victimizante para muchos otros. Comprobaremos, así, igualmente, que la retórica del homenaje de la que Martí ha sido víctima es un síntoma más de la incapacidad o bien del continente americano todo o bien de nuestra defectuosa modernidad de asumir la historia y reconciliarse con ella. El reciclaje periódico y oportunista de nuestros héroes, que insiste en sus virtudes míticas y quiere reprimir sus naturales errores y defectos, termina desvirtuando el tan cacareado amor a los valores patrios con que a menudo se justifica. Edmundo O'Gorman, en uno de los más lúcidos planteamientos del necesario saneamiento moral que, según él, debe comenzar con las tareas del historiador, llegó a preguntar y responder a este mismo efecto: "¿Debe acaso mantenerse tan equivocada manera de concebir y expresar el amor a la patria?... Desconocer las flaquezas de los héroes para hacer de ellos figurones

\* Conferencia inaugural en el coloquio "José Martí: Patriotismo y Poesía", celebrado en Georgetown University, Washington, D.C. el 4 de abril de 1995. El coloquio fue dedicado a la memoria del poeta cubano Roberto Valero (1955-1994).

acartonados que ya nada pueden comunicar al corazón; no conceder en cambio ni un ápice de buenas intenciones, de abnegación y patriotismo a hombres y mujeres eminentes que abrazaron causas históricamente equivocadas o perdidas, predicar en suma, como evangelio patrio, un desarrollo histórico fatalmente predestinado al triunfo de una sucesión de hombres buenos sobre otra sucesión de hombres malos, no es sino claro eco de un tipo de nacionalismo superado y dañino y cuya supervivencia revela una lamentable falta de madurez histórica. Qué, ¿también en este renglón de la inteligencia hemos de ser subdesarrollados?”

Mi generación, y con ello quisiera invocar aquí una voz que no fuese únicamente cubana, que durante años se vió manipulada por las buenas intenciones de este piadoso “evangelio patrio” y que en este fin de siglo se ha vuelto testigo del colapso de las ideologías que lo sustentaban, o justificaban, hoy no puede menos que exigir el cese del mito heroico que tanto daño nos ha hecho y el comienzo de un diálogo honesto, si bien doloroso, con el rostro contradictorio de la realidad. Para realizar ese diálogo, cuya apertura la vida y obra de Martí nos ofrecen ejemplarmente, no hacen falta, a mi entender, ni equipos de estudio ni becas especiales. Hace falta, sí, la compenetración necesaria con la soledad en que vivimos y un poco de imaginación con qué leer la realidad histórica que nos precede y nos rodea. No hace mucho, en esta misma ciudad, fui testigo y partícipe de una anécdota singular que a mi juicio ilustra estos principios, y a contarla en algún detalle quisiera pasar ahora en este segmento de mi breve intervención.

Mis amigos recordarán que hace poco más de un año estuve muy enfermo. Durante varias semanas, los médicos no supieron cómo diagnosticar la enigmática enfermedad que me hinchó las manos, paralizó las piernas e hizo padecer fiebres infernales. Durante mi convalecencia tuve que pasar muchos días sentado sin poder moverme y víctima de una depresión emocional que no quería abandonarme. A diferencia de mis labores estrictamente académicas, a las que me he volcado casi siempre, me dediqué, en esos días aciagos, a recoger y revisar los poemas que durante veinte años había escrito y guardado celosamente para reunirlos al fin en forma de libro. Confirmaba así aquello que el poeta rumano Lucian Blaga observó una vez que “todo libro es una enfermedad derrotada”. También me dediqué en este tiempo a recibir a las pocas amistades que me hacían la visita, y a quienes yo recibía sentado en mi butacón con las piernas parapetadas en la mesa de café: un Sheridan Whiteside que de ninguna manera podía ser “el hombre que vino a cenar” porque sencillamente ya estaba en su propia casa.

Uno de los amigos que me visitaba más asiduamente era el poeta Roberto Valero, quien además de viejo amigo para colmo era también mi vecino. Cada vez que Roberto llegaba me traía alguna cosa de comer: que exquisitos frijoles negros que había hecho su esposa, mi amiga María Elena Badías, que un pozuelo de boniatillo que le había hecho llegar su madre desde Miami, que alguna que otra galleta dulce que me mandaban sus dos hijitas. También me traía Valero su incomparable buen humor y los últimos chistes cubanos, ya fueran sobre Fidel o de Pepito... Un día que me encontraba particularmente desesperado e incómodo, llegó Valero tal como si fuera “el que vino a salvarme”, del célebre título de Virgilio Piñera. En seguida se propuso sacarme de mi mal humor- el, que ya conocía de sobre las profundidades a que podía llegar la desesperación humana. Roberto empezó a hacerme cuentos divertidísimos sobre su niñez en Matanzas, de sus aventuras y travesuras en esa ciudad de provincia, y sobre todo cómo de niño tuvo que valérselas sin ayuda y presencia de su padre. Yo traté de reponer, en parte para que él pudiese descansar de sus caritativos oficios, que mi caso había sido lo contrario: mi padre había sido una presencia muy importante en mi vida, pues no sólo lo quise muchísimo sino que también fue el primer intelectual y el primer artista a quien conocí y con quien discutí acerca de todos los temas imaginables. Recuerdo que evoqué cómo mi padre, que había sido líder estudiantil durante la dictadura de Machado, me hablaba con frecuencia sobre la historia de Cuba que él había vivido, las muchas grandezas y las muchas miserias de la República, así como aquellos momentos en que él, que había sido escultor, pintor y secretario de la Academia de Bellas Artes San Alejandro de La Habana, había sido testigo marginal, indirecto y desde luego involuntario, de algunos incidentes clave en la historia reciente de nuestro país. Inclusive, le dije a Valero entonces, un día, que cuando yo apenas contaba diecisiete años, mi padre y yo nos enfrascamos en una discusión especialmente peliaguda sobre historia de Cuba. Durante la discusión salió a relucir el tema de Martí, y mi padre, que siempre aprovechaba para abordar ese tema, pues era un apasionado martiano, aprovechó para contarme algo particularmente extraño y turbador, pero que me pidió que nunca se lo volviera a contar a nadie. Lo poco dicho bastó para que Roberto, que aparte de todas sus muchas e innegables virtudes, era como todos nosotros los cubanos muy chismoso, se incorporase en su asiento y me obligase ahí mismo a reverarle ese secreto. Mi primer impulso fue decirle que no, por respeto a la memoria de mi padre; pero después pensé en el momento privilegiado que me

unía a mi amigo ya ido y recordé los versos de Borges:

***Si para todo hay término y hay tasa  
y última vez y nunca más y olvido.  
¿Quién nos dirá de quién, en esta casa,  
sin saberlo, nos hemos despedido?***

Accedí a hacerle a Valero el cuento que me había hecho mi padre, no sin antes exigirle que tampoco se lo revelara a nadie; hicimos un pacto cual conjura entre mortales. No me cabe duda de que mi amigo cumplió su promesa y se llevó el secreto a la tumba. Hoy ante ustedes rompo mi promesa a mi padre, el pacto con mi amigo y mi silencio y les hago el cuento no sólo para recordar la presencia de Roberto Valero en nuestras vidas sino porque, como creo estarán de acuerdo, encierra una clave importante en la historia de nuestra patria.

Mi padre, le recordé en seguida a Valero, fue el autor de la tumba de José Martí en el cementerio de Santa Ifigenia de Santiago de Cuba. Si la realización de esa obra escultórica y arquitectónica sin duda marcó el punto culminante de su carrera artística, fue también una empresa faraónica, dada la primitiva tecnología con que se contaba en Cuba a fines de los años cuarenta para ese tipo de proyectos, para no hablar de las dimensiones físicas del gigantesco mausoleo: un edificio hexagonal de treinta metros de altura, con seis enormes cariátides talladas en piedra, cada una de las cuales representaba una de las seis provincias del país. Dentro del mausoleo, una igualmente enorme estatua de Martí, tallada en mármol de Carrara, se levanta en su propio corredor por encima del túmulo que lleva, como él mismo quiso: "un ramo / de flores y una bandera". A las dificultades técnicas para la realización de la tumba se unían las de índole presupuestaria, más graves y mezquinas, pues la venalidad del gobierno del presidente Prío Socarrás, bajo cuya administración se realizó la obra, hizo que se recortara el presupuesto de la obra varias veces. De manera que mi padre, quien se entendía fuese sólo el creador de la obra, muchas veces tuvo que fungir de obrero para así suplir las necesidades que no cubría el precario presupuesto. Tuvo así muchas veces que realizar trabajos que eran no sólo físicamente arduos sino peligrosos.

Una tarde en que todo el mundo ya se había marchado, se llegó al momento culminante de alzar de la antigua tumba, en otro lugar del propio cementerio de Santa Ifigenia, el túmulo dentro del cual estaban sellados los restos de José Martí. Lo paradójico era que, a contrapelo de la solemne importancia del evento, esa tarde quedaba poco personal para realizarlo, salvo mi padre y su ayudante de confianza, un negro

santiaguero llamado Ignacio a quien yo alcancé a conocer de niño. Para levantar semejante estructura, hecha de plomo y concreto, hacía falta no sólo una grúa, que Ignacio manejó, sino por lo menos otra persona, mi padre, que fuese indicándole al ingeniero de grúa la altura y dirección donde depositarla después. Se hacía de noche en el cementerio cuando los dos hombres al fin, después de una árdua y meticulosa maniobra que garantizase la seguridad física del túmulo, pudieron engancharle el garfio de la grúa. Lenta y cuidadosamente la grúa fue alzando el túmulo, pero cuando la estructura ya estaba a la altura de la vista, mi padre comenzó a notar que de esquina se derramaba un chorro de agua, y que ese chorro salía por un boquete, ancho y mohoso.

Al llegar a este punto del cuento, lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora, mi padre se levantó de su asiento al lado mío. De la frente le rodaban gotas de sudor, como si recordar esa experiencia fuese para él una íntima angustia. Se fue a tomar un vaso de agua, y al regresar a donde yo estaba sentado se quedó de pie, mirándome serio. Me siguió contando entonces que, temiendo que la grúa o su propia inhábil maniobra hubiese dañado el túmulo, le ordenó a Ignacio bajarlo inmediatamente. Al ver la agitación de mi padre, Ignacio no sólo siguió las instrucciones, sino que se bajó de la grúa y corrió adonde él mismo había depositado el túmulo, que mi padre ya estaba inspeccionando convecido de que por su culpa los restos de José Martí se habían salido de su lugar de descanso. Ya casi no había luz cuando Ignacio oyó los lamentos cada vez más angustiados de mi padre, y agarrando una linterna empezó a inspeccionar la estructura, él que se sentía relativamente más lúcido, o quizá menos responsable, ante el fenómeno. Ignacio dedujo pronto no sólo que ni el garfio de la grúa ni mi padre podían haber dañado el túmulo, ya que sólo había tocado la superficie superior de la estructura, sino que, como el agua había chorreado de adentro, lo cierto era que un defecto de la estructura había permitido la entrada de alguna corriente subterránea y que con el tiempo se había abierto el mismo boquete por la que se había derramado. El moho en el boquete confirmaba que el daño había ocurrido mucho antes.

Cualquiera que fuese la causa del percance, quedaba no obstante la preocupación por el estado de los restos de Martí. Y así, sin que les pasase por la mente a aquellos hombres nerviosos que necesitaban un permiso oficial de exhumación, los dos se dispusieron, a la luz de un débil linterna, a abrir la tapa del túmulo para asegurarse que los restos no se habían dañado con el alza de la estructura. Quedaba siempre la posibilidad de que los restos en sí estuviesen guardados dentro de otra estructura

interior, menor que la que habían alzado. Sin embargo, para su sorpresa mayor descubrieron lo más sorprendente: que en el interior del túmulo ya no quedaba nada. La tumba de José Martí estaba vacía. Los restos que una vez habían descansado allí hacía tiempo se habían marchado con la corriente que había invadido el túmulo y ya formaban parte del suelo de Cuba.

No quiero que piensen que al contar todo esto quiera hacer una alegoría cristológica, sobre todo en estas vísperas de Semana Santa. Mi padre fue literalmente la última persona que abrió la tumba de José Martí y comprobó que sus restos habían, en efecto, desaparecido. La conmoción de mi padre ante ese desolado espectáculo no podía ser sólo histórica; era ética: el hallazgo de la tumba vacía contradecía toda su razón de ser como artista dedicado a construir un mausoleo para José Martí. ¿Se puede contruir un mausoleo para restos que han desaparecido físicamente? No obstante la importancia de su hallazgo, los dos hombre conmovidos acordaron no decirle nada a nadie, sellar el túmulo tal como lo habían encontrado, terminar la obra no como mausoleo sino más bien como monumento, y dejar que el secreto muriese con ellos.

No supe qué decirle a mi padre cuando terminé de escucharle el cuento. Me quedé callado, y recuerdo que él, todavía de pie y mirándome, se metió las manos en el bolsillo, dió después media vuelta y, sin decir nada, se acercó a una ventana para mirar hacia afuera, como pensando. Comprendí entonces, o al menos lo quise comprender así, que aunque él le había jurado a Ignacio nunca revelar el secreto que entre los dos habían descubierto, él me lo ofrecía a mí, pacto silente, como si fuese un enigma que yo tendría que descifrar algún día. Jamás le oí hablar a mi padre sobre el tema, ni por supuesto yo se lo volví a mencionar; tampoco se lo comenté a nadie, hasta esa tarde, hace poco más de un año, en que mi amigo Valero vino a mi casa a ayudarme a espantar las sombras, y yo compartí con él ese secreto que me ata tan íntimamente a la memoria de mi padre. “Hay que aprender a desaparecer”, le oí decir entonces, como si fuese la moraleja más apropiada para mi extraño cuento. “Hay que aprender a desaparecer y saber cuándo no regresar”.

No hace falta mucha imaginación para descubrir el sentido de mi extraño cuento: la tumba vacía de José Martí subvierte todos esos antiguos e interesados esfuerzos que se han hecho por momificarlo. El breve pero elocuente resumen de Valero subraya, en cambio, la alternativa radical que nuestra época nos exige: pensar a los héroes, junto a sus míticas narrativas, equivale a hacerlos desaparecer dentro de una historia reconciliada con nuestro presente. Equivale, es decir, no sólo a hacerlos desaparecer, sino a ponerlos a descansar. No desaparecer, en cambio, significaría lo contra-

rio: nuestra incapacidad por reconciliarnos con la historia, nuestra perenne soledad. El sencillo pero elocuente gesto de mi padre, después de hacerme el cuento, apunta igualmente a la consecuencia lógica de esa alternativa: mirar por la ventana hacia afuera equivale a buscar la luz y a respirar: abrir surcos, levantar cimientos, dar santo y seña a los corazones e irse con la corriente, como en efecto se han ido los restos de Martí con esa corriente subterránea que lo rescató de su vano secuentro histórico.

En esto Martí, muy a diferencia de nosotros sus descendientes por cierto, fue fiel a sus principios. Al contrario de lo que podría pensarse a primera vista, para él patriotismo y poesía no fueron sino formas de desaparición, versiones del desenterés personal. “La primera cualidad del patriotismo”, escribió precisamente en *Patria* el 14 de abril de 1893, “es el desistimiento de las pasiones; la desaparición de las pasiones o preferencias personales ante la realidad pública y la necesidad de acomodar a las formas de ella el ideal de la justicia”. “La patria no es de nadie”, había dicho antes en otra ocasión, “y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia”. En la carta que le escribe al mexicano Manuel Mercado un día antes de su muerte, asediado como estaba por las increíbles intrigas de sus propios correligionarios, le auguró, finalmente: “Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad”. Por eso es lícito decir que más que un pensador político —lo que terminaría afirmando la confección de instituciones, el refuerzo de personalidades o la presencia del poder— lo que distingue a Martí es ser el pensador de la Patria, en el sentido de que su última y radical aspiración, que él quiso fuese colectiva, es que desaparezca el cuerpo político para abrirle paso al sentimiento espiritual de la nación. Si es cierto que la posmodernidad nos ha obligado a repensar la relación entre política y patriotismo —lo que equivale a pensar la relación entre política y nación—, la obra de Martí nos ofrece un espacio privilegiado para realizarlo.

De manera análoga, la poesía de Martí es también una forma de desaparición. La impersonalidad estética, que elaborada en textos de poética de T.S. Eliot, Fernando Pessoa, Ezra Pound y Yeats, se suele identificar con cierto tipo de poesía moderna con antecedentes tan disímiles como son las obras de Keats, Laforgue, Mallarmé o Whitman. Pero lo cierto es que todo poeta —llámese Homero o Valero— es impersonal, en el sentido de que la dinámica camaleónica de la poesía siempre lo convierte en otro, como también que Martí, gran poeta que era, concibe la poesía como sacrificio de la personalidad real del artista a cambio

de las exigencias estéticas del lenguaje. Si en *Ismaelillo* descartó el sentimiento personal como vía de identificación simbólica con su hijo, en *Versos Sencillos* terminará identificando al hablante con el propio lenguaje poético, de suerte que pueda decir al final: "Verso, o nos condenan juntos / o nos salvamos los dos". ¿Y qué es, después de todo, lo que en *Versos Libres* Martí llamó la "estrofa nueva" sino una versión más del antiguo deseo romántico por hacer coincidir el lenguaje con la realidad natural y de ahí eliminar el sujeto poético?:

***Vaciad un monte; en tajo de sol vivo  
Tallad un plectro; o de la mar brillante  
El seno rojo y nacarado, el molde  
De la triunfante estrofa nueva sea!***

Lejos de ser un poeta patriótico, lo cual sería una versión más de la ideología momificadora que ha intentado secuestrarlo, habría que decir que Martí fue un patriótico poético -y que es precisamente por eso que fue un verdadero patriota.

No es una coincidencia que haya sido un poeta, mi desaparecido amigo Roberto Valero, el que pudo deducir el sentido de mi cuento, o la acción de ultratumba de José Martí. Pero no tenemos que ser poetas para darnos cuenta del sentido último de esta acción. Llámese desinterés patriótico o impersonalidad estética, la desaparición de Martí, que él mismo aconsejó y practicó, nos lleva a todos a acercarnos a una ventana, abierta hacia la luz y como invitándonos a pensar. En el reflejo del cristal de esa ventana, que es también nuestro espejo, vemos los rostros de los desaparecidos, nuestro futuro rostro, y con ellos nos decimos para adentro: *déjame ser el aire, déjame ser un sueño en libertad.*